

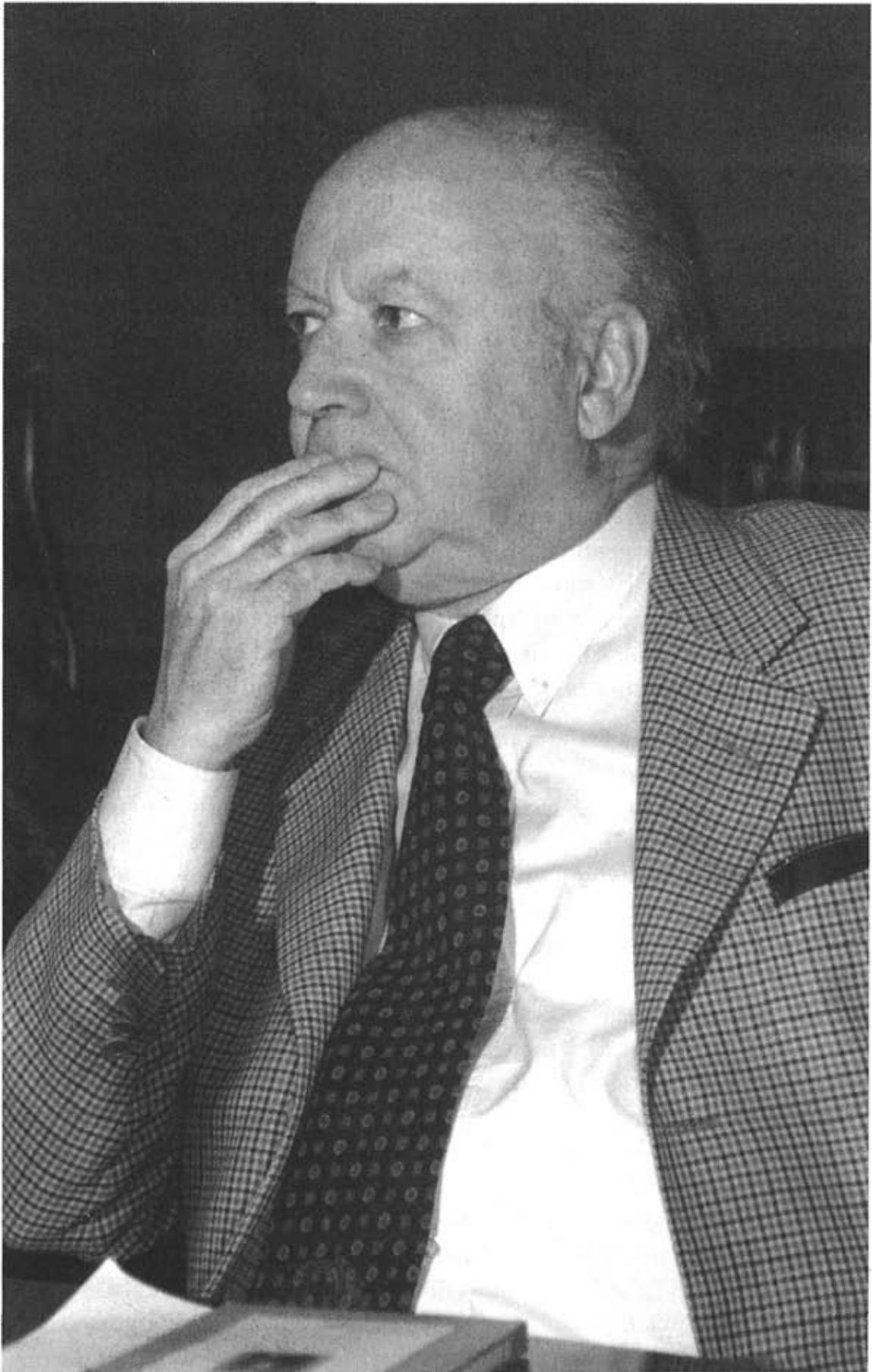
días, como es tan difícil mantener un pensamiento utópico, se tiende a suavizar la diferencia entre izquierda y derecha. Esto es bueno. Si vemos el caso de Chile, creo que lo que produjo la crisis fue la extrema y enfermiza polarización entre izquierda y derecha. Todo fue extremismo y el centro desapareció. El fenómeno resultó terriblemente destructivo. Hoy lo que caracteriza a la derecha es la tendencia a pensar que el mercado es como la naturaleza, no se lo puede tocar, hay que dejarlo actuar solo. La izquierda intenta, por su parte, influir en el mercado. A veces, estos intentos son contraproducentes. En cuanto al utopismo, creo que rebrota por alguna parte, aunque hoy resulte imperceptible. Tal vez, en el ecologismo. El utopismo es una constante del pensamiento humano y suele coincidir con épocas de auge, como el Renacimiento. Fue muy fuerte en la primera mitad del siglo XX, que se parece, en ciertos aspectos, al Renacimiento. Sus resultados son desastrosos y crueles.

*M. V. Ll.:* Está por escribirse todavía la historia crítica de la inteligencia de izquierdas, tan exigente, elevada y rigurosa, que se identificó en profundidad con la utopía socialista. ¿Por qué se dio este fenómeno? ¿Por qué fue ciega y cómplice con los crímenes del comunismo? No había dudas con respecto a los crímenes del fascismo o del nazismo. Nadie o muy pocos intentaban ocultarlos. Pero con los crímenes del comunismo pasa lo contrario. Falta a la izquierda un Euclides da Cunha, que creyó en las mentiras oficiales sobre la guerra de Canudos, pero luego comprobó la verdad y la contó en su admirable libro *Los sertones*, que es una tremenda autocrítica de la clase intelectual brasileña de fines de siglo. En cierto momento, los poetas más exquisitos como Aragon, Eluard, Neruda y otros, supieron la magnitud de esos crímenes y advirtieron que los habían amparado y celebrado. ¿Cómo pudieron callar? Todavía hoy subsiste un sector de la clase intelectual que ve como impresentable a quien recuerda demasiado estas cosas.

*J. E.:* Hubo más escritores de lo que se cree, que denunciaron estos hechos, pero fueron silenciados. No debemos olvidar a Gide, Silone, Orwell y tantos otros. Más me llaman la atención los casos de Joyce o Faulkner, que fueron totalmente indiferentes a la política. No dijeron nada porque no se interesaron nada. Supongo que habrá un juicio de revisión; es ineluctable que llegue. Neruda, por ejemplo, sabía lo que Krushev contó en sus memorias, porque sus amigos soviéticos se lo habían contado antes. En Checoslovaquia, en los años cincuenta, sus conocidos cambiaban de acera al verlo, para evitar ser vistos con alguien que venía de fuera. En su poesía, muy veladamente, empezó a sugerir algunas cosas. En sus memorias es bastante claro, pero son memorias póstumas. En la edición de Moscú se censuró todo lo que implicaba una crítica a Stalin. En cambio, se dejó todo lo relativo a Castro y Cuba, tema que, por lo visto, a los soviéticos no les

importaba nada. Distinto es el caso de Vicente Huidobro, que se entusiasmó con la revolución rusa, hizo odas a Lenin y participó con el puño en alto y abrigo de terciopelo en manifestaciones obreras. Luego escribió un artículo que se llama «Por qué soy anticomunista», silenciado por los críticos y no creo que involuntariamente.

*M. V. Ll.:* Quisiera añadir algo acerca de las ideas llamadas radicales o extremas: revolución socialista, dictadura militar. Moderantismo, en cambio, es la democracia. Habitualmente, se admite esta división, pero yo creo que debe relativizarse en cada contexto histórico. Por ejemplo, lo radical en un país sin tradiciones de legalidad y de tolerancia es el imperio de la ley, los derechos humanos y la renovación periódica de los gobiernos en elecciones libres. Esto es mucho más radical que pensar en la acción enérgica de un grupo como única manera de transformar la sociedad. Tal posición es más bien un profundo conformismo, pues constituye la tradición lamentable de la política latinoamericana. En América Latina está ocurriendo una verdadera revolución, que puede retroceder o desplomarse—como en el caso del Perú, donde la democracia ha desaparecido bajo una nueva forma de dictadura—, pero que es profunda y abre una nueva era. Muchos latinoamericanos se están habituando a coexistir en legalidad y consenso, a aceptar la diversidad dentro de la sociedad. Hay que apoyar este proceso, pero con lucidez y admitiendo que esas democracias primerizas están llenas de defectos. El principal es la corrupción. Nada desmoraliza y desanima tanto a una sociedad respecto a sus instituciones y sus gobernantes como ver que el mando sirve para el enriquecimiento privado, que se funda en los privilegios y las ventajas de un poder impune. Con todo, cabe un moderado optimismo: en muchas ocasiones, la democracia política viene acompañada por una cierta modernización de la economía. El mercado, una mala palabra hasta hace poco para grandes sectores de la política latinoamericana, es aceptado tanto por la derecha como por la izquierda, aunque ésta pretenda corregirlo para que no haya tantas desigualdades sociales. Pero, en general, todos admiten que es preferible que sea la sociedad civil quien produzca la riqueza, y no el Estado, que es incompetente para hacerlo, como asimismo que hay que integrarse a una realidad internacional para progresar, ya que las fronteras económicas traen empobrecimiento y atraso. Insisto en que el optimismo ha de ser moderado. En algunos países latinoamericanos la democracia es un cascarón vacío y el narcotráfico ha desarrollado un poder mayor que el Estado. Ha ocurrido en Colombia y empieza a ocurrir en México. El ejemplo positivo en contrario es Chile, porque su democracia, todavía muy imperfecta, va acompañada de un gran desarrollo económico, y esto le otorga una solidez incomparable.



Jorge Edwards

*J. E.:* Coincido contigo en que ciertas ideas moderadas, en determinados contextos, pueden ser radicales. Daré un ejemplo. En Chile, en tiempos del pinochetismo, hubo una reunión sobre cultura nacional y en ella el poeta Nicanor Parra leyó un texto que sonó tremendamente subversivo y despertó el temor de la sala. Era un decreto de Bernardo O'Higgins, fechado en abril de 1818, el llamado decreto sobre la libertad de imprenta. En cuanto a los problemas de nuestras democracias, creo que el mayor es la irresuelta relación entre los poderes civil y militar. Al menor atisbo de crisis, habrá peligro de golpe de Estado, como ha ocurrido en el Perú por las argucias de Fujimori para entenderse con el poder militar. En Chile, el próximo Senado contará con una media docena de generales importantes de la dictadura, con Pinochet en cabeza. Si bien el desarrollo económico acolchona este conflicto, cualquier crisis económica puede reponer a los militares en primer plano. Hoy la crisis puede venir de los lugares más inesperados. Una caída en la Bolsa de Hong Kong puede provocar una depresión en la economía chilena, peruana o argentina. Si la Argentina pacta una relación privilegiada en lo militar con Estados Unidos, se despiertan los recelos del ejército chileno, que considera que su diplomacia ha maniobrado mal en cuestiones de seguridad nacional. El tema es de una complejidad enorme, los peligros acechan y los intelectuales, por modesta que sea su influencia, deben estar alertas.